

PARA Claude Spaak, el reputado autor belga, el undécimo mandamiento es "serás tolerante". Así lo manifiesta en el prólogo de "Tres veces un día", la obra que, bajo la dirección de Mario Sofficci, se representa actualmente en el Teatro Odeón.

Componen esta pieza tres actos, independientes unos de otros, aunque unidos argumentalmente por referirse todos ellos a una vieja costumbre del hombre: perseguir al prójimo. En el primer caso, es un católico inglés del siglo XVI, acosado por los protestantes. En el segundo, un hugonote cercado por católicos franceses. En el último, época actual, un negro norteamericano en trance de ser linchado por un delito que no cometió.

A pocos años de una guerra exterminadora, uno de cuyos motivos lo constituyó la persecución racial y en circunstancias como las presentes, en que la férrea adhesión a esquemas políticos impide el acercamiento de los pueblos, colocando a la humanidad ante la posibilidad de su destrucción total y definitiva, la pieza de Spaak llega con un mensaje claro e irrefutable: nadie es depositario de la verdad absoluta. Sólo Dios es dueño de sus fines. A los hombres, únicamente nos es dado escoger los medios, y éstos no pueden, nunca, utilizarse en perjuicio de nuestros semejantes.

En estos tres actos, Spaak demuestra que también en nombre de la justicia, la verdad y el derecho, pueden cometerse grandes crímenes. Y que solamente el amor y la caridad pueden evitarnos caer en el peor de los pecados: atentar contra el individuo y sus libertades esenciales.

Aunque la composición de estas obras no es perfecta, la nobleza del tema y la honestidad con que ha sido tratado, las redime de su fragilidad estructural y les confiere jerarquía.

Mario Sofficci, que retorna a las tablas tras una larga ausencia, ha sido el encargado de la puesta en escena. No ha

tres veces un día

• JUAN CARLOS BRIE

contado con un elenco que le permitiera sacar el mejor partido de las situaciones, aunque ha montado un espectáculo ágil, que no decae en ningún momento. Fuera de él mismo, que se desempeñó con corrección —tal vez un poco gesticulante en el Bill del tercer acto— y de Fernando Vegal, aplomado y con hermosa voz, los demás actuaron destefidamente; especialmente Jorge Morales, una vez más carente en absoluto de matices, y María Vaner, falta de escena y que solamente ofrece una cara bonita.

La escenografía, que sirve para los tres actos, tiene el gran mérito de ser sobria, lo que es una alentadora novedad por provenir de Gorj Muñoz.

los físicos

• JUAN CARLOS BRIE

FRIEDRICH DÜRRENMATT es un autor a quien obsesiona la idea de la justicia y que, en todas sus obras, ya se trate de novelas o piezas de teatro, incursiona en este terreno. Sus personajes se mueven, llevados un poco desde arriba, en torno a situaciones comprometidas y cuando, empujados por cualquier motivo, delinquen o se colocan al margen de los preceptos naturales, emerge entonces, fatalmente, un castigo compensador. Este castigo puede ser inmediato o, por el contrario, demorar años en llegar, pero, en todos los casos, se impone en forma inexorable y despiadada.

Es la aplicación de un código antiguo, una velada especie de ley del Talión, el leit-motiv que impulsa a escribir a este autor, gran disconforme en el país de la conformidad y el orden aparente. Sus obras, a menudo alucinantes, nos dan una imagen empujada del hombre —inmerso siempre en miserias y mezquindades— pero no por eso menos real o válida. Dürrenmatt es, simplemente, un autor para quien Dios no existe (por lo menos, el Dios del amor o la reden-

ción, lo que no deja de ser extraño en el hijo de un pastor protestante) y de allí su ansiedad por ver concretada una justicia terrenal que, las más de las veces, no es sino una forma larvada de venganza.

En "Los físicos", estrenada días pasados en la sala Casacuberta, Mobius, genial hombre de ciencia, ha conseguido develar los últimos misterios de la materia. Depositario de un secreto espantoso, cuya divulgación podría acarrear la destrucción de la humanidad, decide, para aligerar su conciencia de un extraño sentimiento de culpa, fingirse demente e internarse en un manicomio de lujo. Dos físicos que pertenecen al servicio secreto de potencias enemigas, ansiosos por conocer sus descubrimientos, simulan igualmente la locura, para estar cerca de él y vigilarlo. Cada uno de los tres se ve obligado, para mantener su secreto, a matar a su enfermera. Entonces (y aquí es donde la pieza entronca en el grueso de la producción de Dürrenmatt) el castigo se hace presente: la psiquiatra que los atiende, se revela como una paranoica feroz con ansias de dominio y se apodera de los secretos de Mobius, condenando a los tres físicos a permanecer enclaustrados por el resto de sus días.

Como puede apreciarse, la obra es de corte fantástico y no resiste las exigencias de un análisis lógico. Si Mobius tenía realmente temores de los resultados de su investigación, pudo, simplemente, abandonar su trabajo y dedicarse a otra cosa. Además, el final es menos sobrecogedor de lo que a primera vista parece. ¿Acaso son más peligrosos los secretos de Mobius en manos de una paranoica que en las de algunos gobernantes actuales?

Pero si exigiéramos un ámbito coherente, no tendríamos drama y Dürrenmatt, que es un hombre de innegable talento, no habría podido tejer, con un alambicado argumento, una obra llena de sentido, humor algo macabro y sugerencias como es "Los físicos". Aunque

sin la calidad intrínseca de "La visita de la anciana dama" o "Rómulo Magno", es una pieza interesante del principio al fin.

Otra cosa muy distinta es la puesta en escena. Dürrenmatt, con escasos elementos, ha plasmado una pieza atrayente. Luis Mottura, con mucha más facilidad, la ha destruido en forma inapelable. Le ha bastado, para ello, poner en juego, una vez más, su escasa imaginación, que le impidió captar el tono adecuado que debió dársele. Si el tratamiento realista que utilizó en su "Rinoceronte" resultó adecuado, paradójicamente, pues se trataba de un disparate dentro del disparate, en "Los físicos" sólo sirve para hacer resaltar el aspecto policial de la anécdota, absolutamente secundario, en detrimento de sus otras virtudes. Es este un error difícil de perdonar, porque contó con un elenco disciplinado y capaz, que pudo dar brillo extraordinario a la representación de haber dado con un realizador sutil.

Los intérpretes actuaron todos con encomiable eficacia, exceptuando a López Lagar, que persiste en querer "sobrar" su papel (al menos esa es la sensación que transmite) y en recitar a gritos las partes comprometidas de sus parlamentos. Osvaldo Terranova y Enrique Fava en los pretendidamente locos Nemton y Einstein, respectivamente, lucieron magníficas caracterizaciones. Mercedes Sombrá mostró nuevamente su garra de actriz en el papel de Lina, la esposa de Mobius. Muy bien, en breves papeles, Susana Rinaldi, Nelly Prono, Héctor Méndez, Mario Morets y Romualdo Quiroga. Lidia Lamaison, aunque un poco recitativa, compuso acertadamente a la diabólica psiquiatra.

Excelente el vestuario de Bergara Leumann.

La escenografía, de José Luis Eiras, no está muy de acuerdo con el barroquismo acentuado de la pieza, pero es aceptable. De todas maneras, Mottura tampoco suele conceder a estos detalles mayor atención. ♦